

**Pedro Laguna Guinea**

**REPRESIÓN, EXILIO Y OLVIDO  
DE UNA FAMILIA REPUBLICANA**

---

**HISTORIA Y MEMORIA**

---

**Todos los Nombres, Mapa de Fosas y  
Actuaciones de los Tribunales de  
Responsabilidades Políticas en Andalucía**

---

EDITORES

Miguel Gómez Oliver - Fernando Martínez López

ISBN: 978-84-8240-869-9

Depósito Legal: AL-2980-2007



**EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA**

Archivo descargado de [www.todoslosnombres.org](http://www.todoslosnombres.org)

## **REPRESIÓN, EXILIO Y OLVIDO DE UNA FAMILIA REPUBLICANA**

Pedro Laguna Guinea

Nací en Argentina. Soy hijo, nieto y sobrino de víctimas del franquismo. Mis familiares maternos pertenecen a esos que tuvieron la suerte de no ser asesinados por los franquistas, no están enterrados en una fosa común, no pasaron por el trance de los juicios sumarísimos, tampoco eran personajes políticos muy destacados ni militares cuya historia se pueda rastrear en los archivos. Pudieron librarse, huir, rehacer sus vidas, algunos incluso volver a su España tras décadas de exilio. Pero también ellos sufrieron la represión.

### **REPRESIÓN**

Recuerdo que las tardes de bochorno allá en Buenos Aires, siendo yo muy niño, mi madre, Nieves, me contaba bajando la voz (como si aun estando tan lejos alguien pudiera oír lo que decía, como si los espías se escondieran tras la puerta, como si hasta allí pudiera llegar el brazo del represor), relatos sobre la Guerra Civil y la posguerra en España: cómo la Guardia Civil, un mal día, había salido de su pueblo, Miranda de Ebro (al que llamaban un rincón de Moscú), dando vivas a la República y diciendo que iban a Burgos, a defenderla, entre los vítores de los republicanos y habían vuelto al poco tiempo disparando contra todo el que se movía, recordaba el ruido de las balas silvando sobre su cabeza al cruzar el puente. Me contaba el miedo que pasaban en su casa cuando oían de madrugada las botas de los guardias civiles golpear sobre la acera y los mosquetones machacar las puertas de los desgraciados y cómo respiraban con alivio cuando comprobaban que habían pasado de largo, que esa noche no iban a por ellos. Mi madre recordaba que apagaban las luces y cerraban las ventanas cuando oían el ruido de las "pavas" y que miraban desde detrás de los visillos pasar una y otra vez los camiones cargados de presos, cómo les costaba subir la calle empinada por el peso que llevaban, y cómo volvían ligeros de carga. Me hablaba de un grupo de hombres que fueron arrojados atados unos a otros a la presa de Cabriana y de una pobre vecina (que nada tenía que ver con la política) a la que colgaron de un árbol cabeza abajo y murió "porque para cuando volvieron a por ella se le había

agolpado la sangre en la cabeza". Me decía que las cunetas de España estaban llenas de cadáveres y yo, que era un niño y me había criado muy lejos de aquel horror, no podía comprender aquellas palabras en su justa medida.

Mi madre, muy jovencita, fue conducida ante un tribunal de encapuchados de su pueblo bajo la acusación (falsa) de pertenecer al Socorro Rojo Internacional (mi tío Paco también pasó por el mismo trance, mas nada me contaron de él).

La realidad era que su padre, el abuelo Ramón (al que todos llamaban Jauja, "el de las barcas", porque ponía barcas de recreo en el Ebro), había sido vicepresidente de la Agrupación Socialista. Inocente, ingenuo, utópico, contrario al uso de la violencia , con las manos limpias, capaz de ceder su casa para refugio de compañeros (en cuyo sótano se reunían para cantar muy bajito La Internacional) y de regalar su capote nuevo a quien lo necesitaba más que él cuando la huelga de ferroviarios, de participar en la fundación de la Casa del Pueblo y hacer la biblioteca, de pontificar: "Si empleas la violencia te conviertes en lo mismo que ellos", entre sus hijos cuando éstos, más afines a las posturas comunistas, pedían armas para el pueblo...

Mi madre, que había ido a la escuela cuatro días porque la hacían rezar, que de pequeña tenía que ayudar en la carpintería dándole vueltas a una rueda más grande que ella para hacer girar la sierra con la que cortaban los tablones, que de mayor fue primera figura del cuadro artístico del teatro del pueblo, que casi se va a Cuba con la compañía de la Xirgu, que había aprendido a dibujar muy bien al carboncillo, que había leído con pasión a Hildegart Rodríguez... mi madre fué paseada por las calles, rapada al cero y medio desnuda, con un guardia civil armado a cada lado y conducida a fregar de rodillas las escalinatas de una iglesia que había sido quemada.

Seguro que no es lo mismo que te corten el pelo y te paseen a que te violen o que te torturen, pero mi madre contaba aquello como algo muy humillante; bajaba la voz... Intento imaginarme a una chavala guapa, una modistilla, que no tenía dónde caerse muerta, pero de punta en blanco luciendo palmito por el paseo y en el baile, con toda la vida por delante, con un horizonte infinito que la República les había descubierto; la llevan ante un tribunal de encapuchados compuesto por gente del propio pueblo (todos se conocían) y no se le ocurre otra cosa que plantarles cara y espetarles (qué

ingenua, qué inocentes eran, qué teóricos): "¡Si ustedes creen que por hacerle esto a mujeres van a ganar, están bien perdidos!" (no es literal, mi memoria hace lo que puede). Luego intento imaginármela semidesnuda y rapada, flanqueada por los civiles, obligada a fregar las escaleras de la iglesia, tal vez con el cura observándola, el mismo cura que antes asomaba insolente la cabeza por la puerta de la carpintería y les solía advertir: "¡Que el domingo no se trabaja!". Pienso que hasta el golpe de estado eran ellos los que habían copado las calles, con orgullo, pasándole la bandera tricolor por las narices a la derecha, abriendo camino, henchidos de libertad... pienso en el odio, el rencor generado entre aquellos fascistas retrógrados (no hay más que ver lo que fueron capaces de hacer luego) y vuelvo a recordar a esa chavala, cada vez que se cruzaba con fulana o con zutana, la vergüenza cada vez que se reían de ella, la rabia cada vez que le decían que se lo merecía, la impotencia cuando escupían al pasar a su lado, el miedo, el miedo...

Una vez me atreví a preguntarle (temiendo la respuesta; uno o dos meses antes de que muriera), si a ella le habían dado aceite de ricino. Se puso muy tensa, seria, me dijo que no. No me atreví a preguntar más.

Mi madre me contaba que el abuelo estuvo encarcelado con los condenados a muerte, que en un retrete cabían 10 compañeros y tenían que turnarse para poder dormir en el suelo. Me contaba cómo iba a llevarle alimentos, cómo otras compañeras les tiraban cajetillas de tabaco por las ventanas enrejadas a sus hombres, cómo a una de ellas le dijeron en la puerta un día: "Ya no hace falta que traigas más comida" y cómo ésta se echó a llorar.

Durante el tiempo en que el abuelo estuvo encarcelado tuvieron que hacer malabarismos para subsistir. Hace bien poco pude enterarme de que estuvo en la Prisión Central de Burgos, del 1 de Agosto de 1.937, cuando contaba con 53 años, al 1 de Junio de 1.938, pero la familia insiste en que estuvo en distintas prisiones (Bilbao) entre 3 y 4 años. Cosas de la memoria, al recibir el Expediente Penitenciario de la Prisión Central de Burgos, recordé que mi madre contaba que, al ser el abuelo un buen ebanista, lo llevaban diariamente a unas enormes naves donde iban almacenando el botín de guerra sustraído a los rojos ricos y a los industriales vascos y comerciantes catalanes y le dedicaban a restaurar los muebles (auténticas joyas) deteriorados.

Mi tío Ramón, con unos 10 añitos, tuvo que dedicarse a robar la carbonilla caída de las máquinas de vapor a los lados de las vías para poder cocinar y que la familia pudiera calentarse durante el invierno (eufemismo empleado por la familia para decir que robaba carbón). También cogía la harina "distráida" de no sé qué fábrica. Además se las arregló para llevar a lavar la ropa llena de piojos de los soldados italianos del campo de concentración fascista afincado en Miranda de Ebro a cambio de los trozos de carne de algún jamelgo caído en desgracia. (¡Qué humillación!, ¿qué dirían de ellos las familias de los demás compañeros?). Cuando era la época, la abuela Agustina y mi madre, iban al campo a espigar. Cosas del destino, un providencial incendio quemó la casa y la carpintería, gracias a lo cual pudieron cobrar un seguro que les ayudó a sobrevivir.

Cuando le dijeron a mi abuelo que estaba libre se despidió de sus compañeros de celda pensando que ya le tocaba a él dar el paseíllo, como había visto a otros; pensó que le aplicarían la ley de fugas cuando se vió en la puerta del penal y aceleró el paso a medida que se iba alejando de aquellas tapias... Se libró, al parecer, gracias a la intercesión de unos familiares de derechas, pero como lo denunciaban continuamente ("¡Pero cómo Ramón!, ¿otra vez en libertad?") y volvían a meterlo en la cárcel, decidieron emigrar.

## **EXILIO**

Mi madre hablaba del ahogo que sentía en su pueblo, allí ya no podía respirar, y lloraba cuando me llevaba al colegio y en el himno argentino oía aquello de: "¡Libertad, Libertad, Libertad! Oíd el ruido de rotas cadenas. Ved en trono a la noble igualdad". Pero el exilio no fue un camino de rosas.

Ya en el barco que llevaba a los tres hermanos (los abuelos y mi tía Vitori irían reclamados más tarde), una cáscara de nuez llamada "Entre Ríos", la bodega, donde se apretujaban mujeres y niños (los hombres iban en cubierta), era un auténtico lodazal, apiñados unos junto a otros, respirando las miasmas de una muchedumbre descompuesta.

Una vez en la tierra prometida, mi madre tuvo que desempeñar todo tipo de tareas para poder salir adelante, desde servir en La Pampa hasta sembrar ajos en Villa Rosa, hacer trabajos de tapicería

en Villa Martelli, regentar una tienda de comestibles en Munro (había que vender a fiado y luego nadie pagaba), hacer colchas (para lo cual convirtió un telar manual en mecánico, cortó, empalmó tubos, acopló un motor y se dedicó a recoger los recortes que una fábrica textil tiraba)...

La recuerdo trabajando de sol a sol, siempre poniendo ladrillos, repintando humedades obstinadas, instalando una ducha rudimentaria, parcheando el suelo de cemento tintado con un polvillo rojo que se iba desprendiendo e impregnándolo todo, cambiando la techumbre de chapas de cartón embreado (con hormigueros en verano y goteras en invierno) por otras de fibrocemento...

Vivimos siempre al borde del abismo: cuando se casó (con un hombre al que ya conocía de Miranda y que había vuelto a encontrar, por casualidad, en la Casa de España de Buenos Aires), su viaje de novios fue en colectivo al centro ida y vuelta, nunca fueron a un cine ni a un teatro, tuvieron que devolver una radio porque no había dinero para pagar las cuotas, la primera televisión nos la regalaron y hubo que arreglarla para poder verla (yo ya debía tener 14 años), en el mercado compraba bolsas con las cabezas de los pescados que nadie quería para hacer sopa ("Son para los perros, sabe"... en el colectivo íbamos dejando detrás nuestro un reguero sospechoso y el murmullo de los demás pasajeros), las patatas se cocían con la piel y de las lechugas se aprovechaban las hojas más asilvestradas porque "es ahí donde están las vitaminas"...

Mi padre también trabajó en la carpintería familiar, con un camión de reparto de ultramarinos destartalado, en una parrilla, como dependiente de estación de servicio, en un alquiler de vehículos con conductor, como mecánico, en un aserradero...

Nunca dejaron de soñar con volver a su Española. El tío Ramón y su familia fueron los primeros en desandar el camino, luego nosotros. Los abuelos ya habían fallecido (el abuelo de tuberculosis pulmonar, seguramente adquirida en su estancia en las cárceles franquistas), el tío Paco remoloneó tanto que se le enredaron los aparejos y ya no pudo zarpar.

Mis padres nuevamente se toparon con Franco y con los curas: tuvieron que casarse por la Iglesia, de lo contrario no se les permitía volver a España. Fue un sainete, con los contrayentes y los testigos viejos, medio ciegos y casi sordos ("Perdone Padre, ¿podría repetir por favor?, es que estoy sordo de este oído, ¿sabe?" dijo inocentemente mi tío Paco en medio del Sermón o lo que fuera

aquello, interrumpiendo al cura). Se casaron con 57 años (cuando ya llevaban casi 18 conviviendo por lo civil y con un hijo de 16), aún así, el cura no le hizo ascos a "la voluntad" de los presentes.

Mi madre y yo hicimos de avanzadilla, mi padre se quedó hasta ver cómo nos iban las cosas y en su caso vender la casa. Siempre habían hablado de que los curas se habían quedado con la casa y los terrenos en los que habían vivido los Jauja en "La Picota"; pero a la vuelta nunca se atrevieron a investigar ni reclamar nada, ¿con qué papeles?, ¿a quién?, ¿dónde?, ¿con qué dinero?... y el miedo, el miedo a enfrentarse a quienes aún hoy ostentan el poder.

## **OLVIDO**

Casi con la misma mentalidad aventurera (y los mismos bolsillos vacíos) que la había guiado rumbo a América, volvió a España, con dos grandes arcones cargados de clavos, tornillos, martillos, serruchos... como si de su salvaguarda se tratara, pero la España de 1.973 ya no era la misma.

Mis padres confiaban en la ayuda familiar y la familia creía que volvíamos de "hacer Las Américas". Así que vuelta a empezar de cero: mi madre y yo a vivir en pensiones de mala muerte en Barcelona (mi habitación estaba decorada con tiras de papel higiénico de colores colgando de las paredes y unas guiris guapísimas entraban cada mañana para arrancar trozos antes de ir al WC común), fregar hoteles en Mallorca, pedir dinero prestado, realquilar habitaciones a viajantes de comercio, dormir sobre un colchón tirado en el suelo en una buhardilla de Vitoria (yo iba pegando con la cabeza en los dinteles de las puertas, era la primera vez que veía una cocina de leña, a su lado había un WC tan pequeño que no se podía cerrar cuando te sentabas en el inodoro), limpiar un hospital en Málaga... (aquí nos acogieron, aquí nos quedamos y aquí salimos adelante).

Volvió sólo una vez a Miranda de Ebro, se ruborizó cuando un hombre joven y bien vestido la reconoció en la puerta de la estación de la RENFE, no recuerdo si atinó a presentarme o tan siquiera decirme luego de quién se trataba, estaba azorada. ¿Era verdad que allí no veía futuro?, ¿no quería que la reconocieran?, ¿tal vez no quería que los fascistas vieran su fracaso?, ¿era por no revivir el pasado?, ¿qué recuerdos se agolparon en su memoria?

Mi madre se mantuvo firme en sus ideales hasta el último día. Nunca pudo comprender el "eso ya está olvidado" o "eso ya es agua pasada" que con displicencia le repetían muchos de los que se habían quedado aquí. A pesar de ello siempre fue crítica con las divisiones internas durante la II República, los fallos, las discusiones inútiles, la lucha entre compañeros... (muchos de los casos que me refería, que a mí me parecían increíbles, se pueden consultar a través de Internet en las Actas de los Plenos que publica el Archivo Histórico Municipal del pueblo). Pero uno de los reproches más sentidos fue siempre hacia Pasionaria, porque pedía: "¡Con hoces, con palos, con piedras!", en lugar de repartir armas al pueblo, y estuvo pronta a irse cuando tantos se quedaron aquí para siempre. Ya cuando fui mayor, le leí una biografía de Pasionaria y el destino corrido por su familia, entonces dijo: "¡Pobre mujer!" agachando la cabeza, y no volvió a repetir una palabra contra ella.

Éstas son algunas de las cosas que recuerdo que me contaba; seguramente muchas de ellas están incompletas y otras las ha completado mi memoria como buenamente ha podido; las escribo para que nunca se me olvide de dónde vengo, por qué pienso como lo hago, por qué la quise tanto y por qué me siento tan unido a quienes, como ella, tuvieron que luchar tanto a lo largo de su vida.

Las formas de la represión durante el franquismo fueron múltiples, y si las torturas y los asesinatos fueron brutales, no por ello hemos de dejar de lado a todos aquellos que sufrieron una represión menos sangrienta pero también cruel, humillante, sistemática, prolongada, que estigmatizaba y estigmatiza incluso a sus descendientes...

En la mayor parte de las publicaciones sobre Guerra Civil, Memoria Histórica, Exilio, República, etc., etc. figuran listados con nombres y apellidos los fusilados, los desaparecidos, los encarcelados, los políticos, los militares (es la Historia con mayúscula, la Historia oficial)... pero pocos son los que no tienen un nombre, un cargo político, una cartilla militar... o han derramado su sangre (¡por supuesto "que no es poco"! ). Es legítimo, es de justicia, es un deber de la sociedad... y es lógico: para poder reivindicar hay que comenzar aportando datos concretos, documentos irrefutables... y es cierto que si se les reconoce a ellos, se está reconociendo a todos, pero corremos el riesgo de que se cree una especie de aristocracia entre los represaliados ("¿tienes un fusilado en la familia?"), una catalogación entre víctimas de primera y víctimas de segunda, tercera... y un olvido indirecto (hay



quienes están siendo doblemente olvidados) para aquellos que no pueden aportar más documento que el dolor, el sufrimiento, las penurias, las humillaciones y las injusticias pasadas por defender sus ideales ("¡Eso les sucedió a todos!" dicen hasta los tuyos, como si eso pudiera silenciar o peor aún, justificar, el que llegara a producirse tamaña barbarie: la vejación y la tortura de todo un pueblo). De lo contrario, el silencio y el olvido continuará para estos que tuvieron más suerte, pero no por ello merecen menor recuerdo.

Casi todos los que vivieron aquel período ya están muertos. La Ley de la Memoria llega tarde y mal, es una deuda pendiente de nuestros políticos y de toda la sociedad. Gracias al sacrificio de aquellos rojos pudimos tener una transición y hemos llegado a las actuales cotas de libertad. ¡Qué precio tuvieron que pagar!

El reconocimiento individual a petición del interesado o sus descendientes, previa revisión de la documentación aportada, elimina de un plumazo a cientos de miles de víctimas anónimas, silenciosas, mudas, de aquellas que no "gozan" (perdón por el término) de la "suerte" (otra vez perdón) de haber sido paseadas, enterradas en una fosa común, sometidas a juicio sumarísimo... Por eso es tan importante que los gobernantes hagan un reconocimiento institucional, general y sin ambages, no unas líneas timoratas, vergonzosas y vergonzantes, perdidas entre leyes y decretos.

Y no es la memoria de todos lo que hay que reivindicar, que nadie se llame a engaño. Los fascistas, los que hoy se niegan a aceptar esta Ley, no necesitan que se recuerde a los suyos. Sus nombres están en las tapias de las iglesias, bajo grandes cruces de mármol y los gritos: ¡Presentes!, ¡Arriba España!, ¡Caídos por Dios y por España! consabidos (que gracias a las componendas dinerarias entre partidos democráticos permanecerán intocables -¡quién dice que no es una ley de punto final!- y serán restauradas cada tanto; yo pago los impuestos del piso heredado y es como si mi madre continuara fregando de rodillas aún hoy las escaleras de aquella iglesia en Miranda de Ebro). El recuerdo de los fascistas está en los nombres de las calles, en los libros, en los centros de dirección, en los cargos políticos actuales... Ellos han tenido su memoria permanente durante los últimos 70 años. Son los otros, los vencidos. Y no quieren que se les recuerde. Se niegan a devolverles la dignidad. Aún no ha acabado el castigo. ¡Que sobre sus hijos continúe el estigma!. Tienen miedo a que

se sepa la verdad. Son los herederos del dictador, los que se niegan a reprobarlo, porque siguen siendo los mismos, con parecidos modos e idénticos ideales.

Mi madre está muerta, que yo sepa no le hizo mal a nadie, no tuvo ningún reconocimiento como víctima de los fascistas, y este gobierno que se dice de izquierdas y progresista, parece ser que le ha cerrado la posibilidad de tener un recuerdo digno, tal vez durante otros 30 años.

Quiero reconstruir una parte de la historia familiar que me han robado, quiero que se reconozca la dignidad que quisieron pisotear, el honor que pretendieron mancillar, los ideales que intentaron doblegar y no pudieron... a pesar de las amenazas, a pesar de los Civiles, a pesar de los barrotos, a pesar del hambre, a pesar del miedo, a pesar de la vergüenza, a pesar del exilio, a pesar del silencio y el olvido... No busco venganza y mucho menos aún subirme al carro de los que esperan cobrar una miseria (tal vez los mayores lo necesiten para completar una pensión paupérrima y los jóvenes para la hipoteca de 40 años), pero sí que me gustaría saber el nombre de aquel cura inmisericorde, el de la que escupió a mi madre al pasar, el de quien le dijo con todo su odio: “¡Os lo tenéis merecido!”, el de quien la rapó, los nombres de los Civiles que la custodiaban mientras fregaba, los de los encapuchados del tribunal que la sometieron a interrogatorio, los de quienes tantas veces denunciaron a mi abuelo, los de quienes lo metieron en aquel agujero inmundo junto con otros compañeros condenados a muerte, los de quienes partieron la vida de mi tío con sus diez añitos, los de quienes le obligaron a mendigar y a robar para poder sobrevivir... Y me encantaría que estuvieran todos ellos vivos y en su uso de razón, para que vieran lo que está sucediendo en España, y para mirarles a la cara, sólo para mirarles a la cara y poder decirles: “Soy hijo de Nieves Guinea, la de Jauja, el de las barcas”, para que no se les olvide.